



CAPÍTULO XIV

Cuéntase el marcial aparato con que se celebró la baronización de Sancho, con otros sucesos que sabrá el que los leyere.

Pasados algunos días, dispusieron los duques que su mayordomo secretario hiciese la creación de barones que habían de baronizar á Sancho, cuyas pruebas sólo consistieron en las que hicieron de venirles bien un bastante número de petos, espaldares, morriones de encaje, brazaletes, y otras cosas que en la armería del castillo tenía el duque, y eran de los lanceros con que aquel castillo servía en las guerras contra moros, y á que estaban obligados los señores de vasallos, y dice Benengeli, que á no haber habido en el castillo tantos criados desocupados y de más, hubiera él hecho papel de barón de la Mauritania; pero que no lo fué por esto, y estar ocupado en retócar escudos de armas y adargas, que el tiempo había borrado, porque el duque quiso que con todo primor y lucimiento se hiciese el acto de la baronía de Sancho Panza.

Tocóle, dice nuestro puntual historiador, á don Roque la disposición del acto, y ensayar á los baro-

nes su entrada y ceremonia: y al mayordomo el presidirlos con el nombre de barón de Letesbed, baronía bien conocida en las cuatro partes del mundo: todo se hizo con el mayor disimulo, porque el Bachiller Sansón Carrasco no cayese en la cuenta de la burla, y Sancho estuviese creído en que real y verdaderamente eran barones verdaderos: cuyo secreto fué una de las cosas que merecieron el aplauso de los duques, porque nunca creyeron que habiendo dueñas, y andando alrededor doña Rodríguez, pudiese guardarse tanto tiempo un secreto tan importante sin que se publicase.

Llegó el día señalado de la función, y á la madrugada salieron todos disimuladamente para venir formados, y en ceremonia al castillo; las ocho señalaba un cuadrante que había en un esquinazo de él, cuando en confuso, y como á lo lejos se dejaron oír unos clarines y timbales con otros instrumentos que no pudieron conocerse por la distancia cuáles eran, hasta que habiéndose acercado, se conoció alternaban con los timbales y clarines trompas, flautas, panderetas, albogues, y otros instrumentos marciales que al mismo tiempo que agradaban al oído, alentaban el ánimo: inmediatamente subió toda la familia á la torre del homenaje, y plaza de armas á ver y notar la comparsa baroniana que se acercaba con lentos y graves pasos á la puerta principal del castillo: su número era bastante crecido, su adorno armas completas, morriones plumados, rodelas, adargas, ó escudos, según tocó la suerte á los barones; pero todos con sus respectivos blasones: cual traía un murciélago, cual un perro, otro un gato, aquél un árbol, el otro un cuco, y los demás ya sierpes, lunas, soles, y aun rayos. El escudo de Sancho que conducía uno al parecer enano,

sobre una bandeja cubierta con un tafetán verde con puntilla de plata, tenía sus bigotes en el primer cuartel, la lanza en el segundo, y su orla eran las cinco berengenas con sus hojas, y como cuartel sobresaliente á los dos las tres gallinas, dos pintadas de blanco y negro, y una cenicienta; pero todas con moños, como afirmó tenerlos el escudario, referente al coronista Orlando.

El duque y la duquesa autorizaron con su asistencia el acto, que se celebró en el propio gran salón que se hizo la audiencia, y estaba igualmente adornado que el día de la jura, con la diferencia de haberse levantado un espacioso tablado cubierto con alfombras, y capaz de contener más barones de los que vinieron: tenía dos filas de bancos rasos cubiertos de tapetes, y en medio á la parte que hacía frente un sillón de brazos cubierto de tela carmesí con ribetes blancos, cuyo asiento debía ocupar el barón presidente.

En la parte opuesta al sillón se había hecho una especie de tribuna con lienzos pintados, en la cual estaban los duques sentados para observar mejor la pomposa función: principió ésta por la entrada de los barones de dos en dos, cubiertos por traer caladas las viseras: cada cual traía su lanza y escudo como se ha dicho, guardando entre sí el mayor silencio; paró la música militar que traían, finalizada la entrada, y rompió la orquesta del duque una muy grave y patética armonía, en que se oían sin saber de quien unos cánticos y letras alusivas á la exaltación del consultor Sancho, en cuyos medios resonaba la señoría baronil con voz más erguida y levantada; pero siguiendo el compás.

Sancho, durante este canto, estuvo hincado de rodillas en una de las puntas del tablado, á donde

lo condujo su padrino el barón de Drismilbis, que le sacó de un aposento donde lo esperaba igualmente vestido de acero con morrión; pero sin espada ni escudo. Finalizado el canto, que duró como un tercio de hora, el mismo barón de Drismilbis presentó á Sancho al barón presidente que lo esperaba sentado *pro Tribunali*, calada la visera: alzada ésta, y haciendo á los demás barones una cortesía en torno, para lo que se levantó sostenidas las manos en el sillón, peroró de esta manera:

«Altos, formidables y potentísimos barones: ya
 »que por la divina providencia nos hallamos en este
 »ducal castillo á celebrar capítulo para baronizar á
 »un manchego liso y llano y sin ningún tropiezo,
 »porque sea de nuestro gremio baronil, en cuya diligencia y pruebas ha sido encargado el magnánimo barón de Gombodos que actúa de secretario:
 »concededme si os place aquel permiso, y *fiat* que
 »se requiere según nuestras loables constituciones:
 »su vocación á señoría es perfecta, su renta no llega
 »á congrua suficiente, su escudo aún tiene más blasones de los que se requieren: so lo cual, espero de
 »vuestras señorías, muy señorías, que para autorizar este acto de baronizar á este novel caballero,
 »me den unánimes aquel *fiat*, que hace la fuerza y
 »da la autoridad.»

Fiat, fiat, señoría baronil, dijeron todos á una voz, que repitió con suave melodía la música, á que respondieron los clarines y timbales; y entonces el barón de Manalans, que era maestro de ceremonias, salió de la sala, y entró después con dos pajes de gineta que traían sobre dos bandejas grandes en una el escudo de armas, y en otra un círculo dorado, que parecía aro de tambor, en cuyo torno se ondeaba una cinta encarnada: estas dos bandejas

presentaron los pajes al barón presidente hincados de hinojos, y puestas sobre una mesa que delante tenía, haciéndole una muy grande cortesía se retiraron.

Tomó el presidente con mucha medida primero el escudo, y después el aro, que enseñó, las manos levantadas, á todos los barones, y también á infinito número de gentes que había alrededor del tablado, entre cuyo concurso estaba el bachiller Sansón Carrasco, que en su mirar manifestaba su confusión y atolondramiento; dejólos sobre la mesa, y el barón de Manalans, como á quien correspondía, tomó á Sancho de la mano, y le hizo hincar de rodillas al siniestro lado del pie del sillón del presidente.

Levantáronse todos los barones en pie crujiendo á un mismo tiempo las armas, y subiendo y bajando á un mismo compás las viseras tres veces, cuyo sonido uniforme daba el mayor pavor: entonces el presidente sacó la espada, y dijo unas gruñidas palabras sobre el morrión de Sancho, y le dió con ella tres veces sobre el lomo, á cuyo acto entonó la música: «Humillad, barón, vuestra soberbia, acordaos
 »que sois polvo y ceniza», por tres veces con un cántico triste y melancólico. Luego preguntó á Sancho: ¿Sancho, barón que has de ser de Casa-Panza, abjuras de toda renta mundana, prometes vivir en pobreza? si abjuro y prometo, dijo Sancho, advertido de que lo dijese así por el barón maestro de ceremonias. ¿Disputarás la señoría, le dijo el presidente, en todas cuatro partes del mundo? sí haré, respondió, porque así aquél se lo mandó. Y sin embargo de esto, ¿juras, prosiguió el presidente, defender que ninguno de tu familia se dedique á arte ú oficio por honesto que sea, prefiriendo que aumenten el número de holgazanes, vagabundos, inútiles

en la república para todo, aun cuando se muera de hambre? si juro. Entonces el mismo presidente tomando la espada en la mano, y besando la cruz la dió á Sancho que la asió con la derecha, dióle el escudo que tomó con la izquierda, y poniéndole el aro sobre la cabeza y morrión plumado que tenía, se sentó en su sillón, quedando en pie los demás barones, y en tono grave y majestuoso dijo: «Barón de Casa-Panza: en virtud de mi señoría, y por la virtud que mi señoría tiene, yo te baronizo por todos cuatro costados, con señoría unida para siempre jamás amén.» Tocaron en estos amenes que repitió la música, los clarines, y después de haber abrazado á Sancho todos los barones menos el presidente, éste hizo una reverencia á los duques, y formados como vinieron volvieron á salir del castillo, y pararon en la inmediata casa de campo que cerca de él había propia del duque, donde se les tenía dispuesta comida, porque parece que esta congregación baronil tiene por instituto no comer en ningún castillo ni fortaleza, y sí en cualquiera otra parte.

Los duques dieron á Sancho la enhorabuena, y ordenaron que en celebridad de la baronía que acababa de obtener, hubiese aquella noche un baile público para diversión de la familia: con esta orden cada cual se retiró á su habitación: desarmóse el tablado, prevínose el salón de luces para la noche, y venida ésta, se dió principio á una de las funciones más lucidas que en él se vieron; porque según afirma Benengeli, asistieron los duques disfrazados, y gustaron que doña Rodríguez bailase con Sancho, que ya desnudo de las armas baroniles, tenía su vestido marcial, y dice estas mismas palabras: «Sancho en el baile con la dueña hizo lo que pudo;

»pero la maldita vieja setentona hizo aún más de lo que se debía». Después se siguió una suntuosa cena, en que se brindó á una por la salud de los duques, y conservación de la baronía de Sancho Panza.

Al siguiente día se fueron conduciendo al castillo las armaduras y demás que se había sacado, y se colocaron con el mayor cuidado. Los duques dijeron á Sancho que escribiese á Teresa su nueva dignidad, y que para mayor confirmación enviase á su pueblo el escudo de armas, mediante á que él no lo necesitaba allí, y que le dijese que podía ya como mujer de barón llamarse la barona, pues así como las mujeres de condes y marqueses se llaman condesas y marquesas, no había dificultad en que las mujeres de barones se llamasen baronas. También se mandó al bachiller escribiese al Cura sobreseyese de la compra del marquesado, porque ya no se necesitaba, y que devolviese la carta del escudario, para que se guardase y conservase en la familia Pancina, como auténtica del escudo.

Todo se hizo así, ni más ni menos como se ordenó, y el Bachiller se dilató algo más en su carta contando al Cura la ceremonia del baronato de Sancho, cuya carta, con la vista del escudo que condujo un mensajero, hizo al Cura volverse á enternecer de puro gozo. En este punto, dice el puntualísimo historiador, me faltan palabras para demostrar el gran regocijo que causó á Teresa y Sanchica la noticia y posesión del escudo que contenía los blasones de su ilustrísima casa (y después de haber cortado, al parecer, la pluma, sigue con letra más menudita y algo carrasposa, diciendo): porque me aseguró el mensajero que llevó las cartas y escudo (que no obstante usar la sastrería, era hombre fiel y verda-

dero) haber faltado poco para atarlas, pues andaban de casa en casa enseñándole, y aun insultando á las más distinguidas, diciendo: vénganse conmigo á fiestas las hidalgas, que á fe que saldrán cardadas, vean, vean cómo se verifica aquel refrán que no se dijo á humo de pajas, y dice: debajo de una mala capa hay un buen... y no digo más, porque no quiero que con la costumbre me falten al respeto y tratamiento que se me debe; como á barona que soy de Casa-Panza por mar y por tierra: con estas decía otras cosas propias de mujer sin juicio; pero cuando se creyó que enteramente le tenían rematado, fué cuando se trató del sitio donde se habían de colocar los bigotudos blasones, para que perpetuamente fuesen manifiestos á todos: en las casas de ayuntamiento no les parecía serían tan vistos como deseaban, y estuvieron para ponerlos en el rollo que estaba en medio de la plaza, á no haber llegado maese Nicolás y dicho que su correspondiente y propio lugar era sobre la puerta principal de la casa, donde al menos debían estar en el interin, y hasta tanto se hacía un grande y vistoso escudo de piedra mármol con sus orlas y follaje de alabastro, cuya proposición se aprobó bajo la condición de que se la permitiese alumbrarles con un candil mientras se daba disposición de traer dos hermosos y grandes faroles de cristal de Venecia.



CAPÍTULO XV

En que se satisface la curiosidad de los lectores con la continuación de los sucesos del capítulo antecedente, y uno tan cierto como no esperado, pone fin á esta grande y verdadera historia.

Bien fuese haber maese Nicolás creído todo cuanto oía y veía acerca de la baronía y escudo de Sancho, ó bien que siempre tuvo altos y grandes pensamientos, montó en cólera sobre el descubrimiento de su alcurnia, y dijo al Cura escribiese á don Casimiro, que aunque el haz de la cañada no pintase bien como esperaba, las igualas del vecindario suplirían el gasto, y que le previniese era para uno que había sido curial romano, por si hacía al caso esta circunstancia. El Cura escribió cuanto en esto le dijo el maese Nicolás, y como esta alcurnia no pertenece á esta historia, se ha omitido ocurrir á los anales manchegos para saberlo; pero como Cide-Hamete en cuanto escribe de esta historia lo hace teniendo á la vista documentos seguros, pone una nota que dice: No obstante que digo, que por no ser de esta historia las armas del maese Nicolás, no he

ocurrido á los anales, puedo decir de oídas que las armas que don Casimiro envió al barbero, fué una sierpe ó culebra grande, y un caldero volcado en el suelo, con algunos carneros alrededor, y que su aplicación es, que un décimo abuelo del dicho maese también de la propia facultad estando en el real del rey godo Chindasvinto, había en él escasez de víveres, y como se ofreciese premio en el ejercicio á quien trajese algunos, este tal ascendiente de nuestro barbero hombre astuto y de idea, discurrió hacer un serpentón de cañas y lienzo, y pintándole como lagarto se metió dentro, dejando para caminar las manos libremente: esperó al medio clarear el día, y saliendo de un bosque hacia unos pastores que apacentaban un grueso rebaño de carneros, fingiendo con la boca unos bramidos extraños, repararon ellos al ruido en tan disforme animal como se les acercaba, y sin más esperar ni discurrir qué clase sería, huyeron precipitadamente, dejando volcado el caldero de lo que guisaban, y el ganado á la discreción del furor del monstruo que vieron: éste luego que los miró distantes, salió de su forro, cogió el caldero y las guías del ganado, y lo condujo al real del rey, á quien contó su hazaña: el rey le dió por armas la serpiente y el caldero, que han usado siempre los de su familia y apellido, del cual trofeo es partícipe según voz y fama maese Nicolás. Así concluye la nota Benengeli, y sigue después anudando el roto hilo de su historia, diciendo: Que Teresa, ya baronesa de Casa Panza, puesta á las mil maravillas con las ropas que le envió la duquesa, empezó á retirarse del trato de sus iguales y vecinas, y á olvidarse de quién había sido, y lo que podía volver á ser: todo la disgustaba, nadie la daba gusto, y sólo se complacía con aquellos que oían sus simplezas, y

celebraban las opulencias y grandezas que contaba de su casa, que aun casi no pudieron existir en la imaginación, por lo que vivía sólo visitada del Cura y maese Nicolás, disfrutando los socorros que el duque en nombre de Sancho le enviaba: Sanchica estaba enteramente subida á mayores, con igual vanidad que su madre, se ensayaba cómo había de sentarse pomposamente en el coche, tratar á sus pajes, despreciar á los lacayos y refirir á las criadas; pero la fortuna, que suele al mejor tiempo y cuando menos se espera mostrar su inconstancia, desbarató todas estas fantasías, manifestando lo poco duraderas que son las felicidades humanas. Si las que así se llaman en este mundo no estuviesen sujetas al rigor de la parca, con razón merecerían más alto nombre; pero como no hay algún humano que esté exento de su jurisdicción, así se atreve á todos los que disfrutan las más sublimes dignidades, como á los más desvalidos y desdichados: á todos se atreve, á todos empareja, y á todos igualmente con su cortante guadaña siega, corta y hiende cómo, cuándo y donde se le antoja el vital hilo de la humana vida: ¡Oh, si las glorias del mundo fuesen durables! ¡oh, si el fin á todas las cosas no viniese! ¿Qué mayor felicidad podían apetecer los hombres acomodados? Sancho, consultor ducal y barón de Casa-Panza, estimado de los duques, querido de muchos, perseguido de pocos, hombre de historia, es asaltado de la misma muerte cuando menos lo discurre. ¡Oh, fiera parca, oh cruel esfinge, podrás quitar la vida á los héroes, pero no borrar su memoria! Mataste á Séneca, al grande Alejandro, á Homero, y al mismo Sancho Panza, ¿mas cuándo conseguirás que estos dejen de vivir en la memoria de los hombres?

Y tú, fortuna, que improvisamente lo elevaste al

alto grado que por ti logró, ¿por qué consientes que la muerte desbarate de un golpe lo que labraste con tantos? Mira, muerte, que ofendes á la fortuna, mira que dejas á Teresa Panza pobre y afligida, mira... Pero para qué te digo que mires, si sé que no miras ni distingues respetos humanos.

La mutación de humores que provienen de la mudanza de aguas y alimentos, el exceso algunas veces en esto, y lo que es más darse por cumplido el plazo de vivir, dispuso que la última noche de vida de Sancho, se excediese en la cena, comiendo demasadamente ubre de ternera cerril, manjar sabroso, pero expuesto á insultos: así fué, y así lo dice el presente desgraciado caso, porque habiéndose acostado con algunas fatigas no avisó de esto, y creyó que con el sueño se aliviarían; pero no fué así, sino que sofocado el lento calor del estómago con tan pesada carga, la soltó de una vez en una fuerte apoplejía en que vino á dar su exceso.

Al siguiente día por la mañana viendo que no despertaba á su común hora, el Bachiller se le llegó, y lo halló en tal fatal accidente, avisaron al duque que inmediatamente vino al cuarto, se llamaron médicos, se aplicaron los varios remedios que dan en estos casos; pero la naturaleza más y más caída mostró, según la declaración que de ello hicieron, que el mal era de muerte; sentían los duques esta desgracia, y mucho más que Sancho muriese sin disponer de su alma; pero la divina providencia que á ninguno desampara, hizo que á fuerza de medicamentos Sancho volviera despejado, pero no seguro: hizo como era justo todas las disposiciones de pedir á Dios misericordia, y á los duques que la tuviesen de sus pobres Teresa y Sanchica: el duque le dijo, que como criados suyos no tenía necesidad de que los

encargase, y que estuviera seguro que no les faltaría en ningún tiempo: recordó al duque los buenos deseos del Bachiller Sansón Carrasco, con cuyo fin lo había llevado en su compañía, é igualmente el duque le ofreció no lo desampararía, y sin poder contener las lágrimas salió del cuarto de Sancho á preparar á la duquesa del terrible dolor que la esperaba, porque quería á Sancho con extremo; pero aun antes que llegase al cuarto de la duquesa expiró Sancho visiblemente delante de los médicos, el Bachiller y doña Rodriguez, que lloraba como una niña.

Ya murió Sancho, exclama Benengeli, lustre y blasón primero de su casa, y presto será perpetuamente sepultado en el olvido de todos: en esto paran las mayores glorias: al olvido se dejan los mayores héroes, y pues tenemos á la vista el desengaño de lo poco que duran nuestros días, prevengamos á esperar la muerte cierta, para que vivamos eterna vida.

Quisieron los duques, sigue Benengeli, manifiestar con aparato y pompa funeral la estimación que les merecía Sancho, y aun estuvo puesto el borrador para las esquelas de convite, y dadas las demás disposiciones de campanas dobles, confusión de religiosos, multitud de luces, vistosos estandartes, rica y relumbrante caja, y numerosísimo acompañamiento; pero se contuvieron, porque creyeron con mejor acuerdo se honraba más al muerto con menos aparato, más sufragios y socorro de su familia, que no gastando en pompas vanas y comunes un dinero que las más veces hace falta para otros fines visiblemente más necesarios y justos. Enterróse en un convento de observantes que tenía la población inmediata al castillo, y donde muchas veces solía ir Sancho á pedir á Dios misericordia y cumplir con

las obligaciones de cristiano. El rucio, que no poco papel ha hecho en esta historia, se remitió á Teresa con todos los haberes de su marido, y señalamiento del medio sueldo que gozaba Sancho, y á Sanchica medio escudo diario mientras se ponía en estado, para lo que la ofrecieron dote competente, ó colocación á su marido, si fuese á propósito, en ocupación del servicio de su casa, y esto el mismo duque mandó al Bachiller lo escribiese á la viuda, y á él le confirió un gobierno de un pueblo que tenía también administración de granos, á lo que quedó el Bachiller tan reconocido como pagado de sus andanzas y aventuras.

De todo se dió cuenta al Cura de orden de los duques, suplicándole diese la noticia á Teresa, y aviso de quedarle á ella y á su hija con qué vivir. El hijo de maese Nicolás, que ya en este tiempo parece que su padre había recibido un buen porqué de nobleza del don Casimiro, quiso que se enlazaran ambas casas para unir sus blasones, así se hizo mediante el Cura, y el hijo de maese, no queriendo seguir el oficio sanguinario de su padre, ocurrió á los duques, noticiándoles su enlace con Sanchica, su alcurnia, y deseo de servirles. Los duques, cumpliendo sus generosas ofertas, les dieron lo ofrecido, con más una escribanía que tenían vacante en sus estados con asignación de sueldo, porque quisieron así manifestar lo que apreciaban á Sanchica por los buenos servicios de su padre.

Después se supo que Teresa Panza, desengañada de las vanidades de este mundo, y que Dios no la había criado para las dignidades que su difunto esposo había empezado á probar, se dedicó á cuidar de una ermita que estaba fuera del lugar consagra-

da al glorioso san Lázaro, donde acabó ejemplarmente sus días.

Así concluye Benengeli su historia, poniendo el epitafio que se puso en el sepulcro de Sancho, con caracteres góticos, que vueltos en latín dicen:

HIC JACET
SANS. PANZ.

GUBERN. OPT.
OB. ET VIV.

y en castellano

AQUÍ YACE
SANCHO PANZA

GOBERNADOR OPTIMO
MURIÓ Y VIVE